

Mt 3:13-17; Isa 42:1-4, 6-7; Hechos 10:34-38 Una misión de Dios

Cuando Jake (John Belushi) sale de prisión, él y su hermano Elwood (Dan Ackroyd) deciden reformar la banda Blues Brothers para conseguir fondos para un orfanato.

Mientras recorren el país perseguido a alta velocidad y y accidentes, buscando compañeros de banda, Elwood dice: "No nos van pescar. Estamos en una misión de Dios."

Tú estás en una misión de Dios. Ese es el propósito de la vida. Como dice la primera lectura, Dios te ha elegido y te ha llamado (Isa 42:1, 6). Porque eres muy amado de Dios.

Ahora que la temporada de navidad ha terminado, comenzamos el Tiempo Ordinario con una misión de Dios. Porque lo que pasó en el bautismo de Jesús, nos pasó a nosotros.

Jesús salió del agua. De repente, los cielos se abrieron. En nuestro bautismo entramos en la vida de Jesucristo. Y los cielos se abrieron para nosotros.

Jesús recibió el poder. Y nosotros recibimos el poder. El Espíritu de Dios descendió sobre Él en forma de paloma.

Como dijo San Pedro (segunda lectura), *Dios ungíó con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y [El] paso haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él* (Hechos 10:38).

El Espíritu de Dios descendió sobre nosotros. Nosotros también fuimos ungidos con el poder del Espíritu Santo para sacar el bien del mal y sanar a los oprimidos por el pecado, ¡porque Dios está con nosotros!

Dios Padre habló desde el cielo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias* (Mt 3:17).

¡Lo mismo para nosotros! Aunque no lo escucháramos, Dios habló a nuestro corazón diciendo: *este es mi hijo muy amado [esta es mi hija muy amada], en quien tengo mis complacencias.*

Algunos dicen, y yo estoy de acuerdo, que en ese momento, Jesús recibió una mayor conciencia de su llamado y misión, que fue enviado por Dios como el Mesías para salvarnos de nuestros pecados.

Que nosotros también recibamos una mayor conciencia de que este es nuestro llamado y misión para retomar donde Jesús lo dejó... para negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguirlo (Mt 16:24).

Quinientos años antes de Jesús, fue predicho por el profeta Isaías (primera lectura):

El siervo sufriente, Jesucristo, fue humilde: ...*no gritará, no clamará* (Isa 42:2)... *no romperá la caña resquebrajada, ni apagará la mecha que aun humea* (Isa 42:3).

Jesús conoce nuestros corazones (Jn 2:25), así que nos guía en silencio y con suavidad hacia una transformación interior, en lugar de presionarnos para que nos conformemos.

El siervo sufriente, Jesucristo, fue justo: *promoverá con firmeza [la victoria de] la justicia* (Isaías 42:6).

La justicia de Dios fue victoriosa en la vida que vivió Jesús, una vida de compasión, justicia y misericordia (Jn 14:9). Y especialmente en esa cruz... cuando siendo traicionado, negado, abandonado y cargando con nuestros pecados, ...

Todavía clamó por la misericordia de Dios: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27:46). Y esa victoria fue confirmada en su resurrección (Rom 1:4).

El siervo sufriente, Jesucristo, encarnaba el amor sanador y la compasión de Dios:

*Yo, el Señor,...te llame, ... y te he constituido alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas (Isa 42:7).*

Eso es exactamente lo que hizo Jesús. Y lo que hizo Jesús, quién es y cómo vivió su vida, es una manifestación de quién es Dios. Y esa manifestación... es una alianza de lo que debemos llegar a ser nosotros para los demás.

Debemos proclamar las buenas nuevas: que Dios nos ama tanto que vino al mundo para sufrir y morir por nuestra salvación. ¿Cómo? Compartiendo nuestra fe en la palabra y la obra.

Debemos convertirnos en testigos vivos del evangelio, la sal de la tierra (Mt 5:13), la luz del mundo (Mt 5:14) que brilla ante los demás, para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre celestial (Mt 5:16).

Debemos proclamar la paz y la libertad que solo se pueden encontrar en Jesucristo a cualquiera que sea prisionero del pecado, del dinero, del poder y de cualquier cosa que les aleje de Dios.

Debemos ayudar a cualquiera que haya quedado ciego con dudas, pecado y un corazón endurecido, a recuperar la capacidad de ver con los ojos de la fe en Jesucristo.

Y debemos liberar a cualquiera que sea rechazado y oprimido por la sociedad, como inmigrantes, presos, pobres, enfermos y moribundos. Que ellos, como el hijo pródigo, sean recibidos por nosotros en los amorosos brazos de Jesucristo.

Porque, como Jesús oró en la Última Cena: *Así como tú [Padre] me enviaste al mundo, así yo los envío al mundo* (Jn 17:18).

Oremos: Señor Jesús, envíanos la gracia para comenzar nuestra misión de Dios donde para retomar donde Tú la dejaste: Tu misión de humildad, justicia y amor...

para que un día, cuando todo esté dicho y hecho, cuando nos encontremos con San Pedro en las puertas del cielo, Dios Nuestro Padre diga de nosotros:

*Este es mi hijo muy amado [esta es mi hija muy amada], en quien tengo mis complacencias (Mt 3:17).*